

MISA CELEBRADA DURANTE SU VISITA A TAMPA

Tampa, Florida, diciembre de 1995

Mis queridos hermanos:

He tenido un gran consuelo al descubrir, en estos pocos días, la fe que anima a nuestra diáspora cubana, el cariño que mantienen por nuestro pueblo y nuestra Iglesia en la isla, los profundos vínculos del recuerdo y el amor, que nos unen mas allá del tiempo y la distancia. Y no he podido menos que recordar las palabras del profeta Isaías: *«las muchas aguas no han podido apagar el amor»*. El Estrecho de la Florida, las aguas todas del mar, no pueden apagar ni han podido destruir el amor que nos tenemos. Por otra parte, debo decirles que desde mi salida de Cuba, hace solo tres meses, no me sentía así: como estar en casa, como quien regresa al hogar. Y no quiere esto decir que me sintiera triste o solo... sería ingrato decir esto cuando en España tengo tantos amigos y tan buenos: en Salamanca, en Madrid, en Canarias... en Italia, en Bélgica, en Francia... Pero lo que se llama en casa me he vuelto a sentir aquí y con Uds. Por lo tanto, lo primero que deseo hacer es elevar mi acción de Gracias a Dios que nos reúne y darles las gracias a Uds. por esta cordial y cálida acogida, que me emociona y me llena de alegría.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos coloca ya de cara al Misterio que va a centrar nuestra atención en los próximos días: la venida en carne humana del Hijo de Dios a la Historia de los hombres: *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»*.

Ante la pretensión de un rey piadoso que le quiere construir un templo, Dios se revela como aquel que bendice y salva. La casa de David será eterna. No el palacio donde vive, sino la familia carnal, que ceñiría para siempre la corona real. Sabemos bien que la promesa de una dinastía perpetua se realizó en Jesús, el más grande de los descendientes, no ya de David, sino de Adán. El más grande de todos los humanos porque era el Hijo amado de nuestro padre Dios. En la segunda lectura el Apóstol San Pablo nos habla de la Buena Noticia que ha llegado a todos los pueblos de la tierra: Jesucristo viene por todos para salvarnos a todos, para llamarnos a través de la fe a vivir en el amor.

En el Evangelio hemos escuchado el relato de la anunciación. Dios envió su Hijo al mundo, pero para que su Hijo pueda tomar carne humana, Dios se abaja a la humildad de María y le pide que sea la madre de su Hijo amado. Dios cuenta con el hombre, con la humilde campesina de Nazaret para entrar en este mundo. Estamos tan acostumbrados a estos pasajes de la Escritura que hemos perdido la costumbre de asombrarnos: ¡Dios en carne humana! ¡Dios que se abaja a la criatura para contar con ella! ¡Dios que toma tan en serio a los hombres que no es capaz de salvarnos sin nosotros, sin contar con nosotros! ¡Cuánta es la grandeza del hombre...! ¡Y cuán grande la humildad de Dios! Al abajarse no se rebaja, al contar con nosotros nos eleva y nos revela quiénes somos y lo que estamos llamados a llegar a ser.

El Ángel le dice a María: No temas. En la Biblia se repite este «no temas» constantemente. No temas, le dice Dios a Moisés. No temas, le dice a cada uno de los profetas: a Isaías, que tiembla ante la grandeza del Dios Santísimo, a Jeremías, que tiene temor de sus compatriotas que le harán la guerra. No temas, dice Jesús a los apóstoles cuando estos lo ven caminar sobre las aguas... *«no teman, soy yo»*. Machaconamente, Dios nos dice en toda la escritura una y otra vez: *«No temas. No teman»*. Y cuando la tormenta parece que va a hundir la humilde barquichuela, Jesús les dirá a los apóstoles: *«No teman, hombres de poca fe»*. *«No se turbe vuestro corazón ni se acobarde»*, nos dijo

en la Última Cena porque antes nos había dicho: «*mi paz os dejo, mi paz os doy. No la doy yo como la da el mundo*». El temor nos impide ser libres. El temor nos aleja de Dios y nos aísla de los hombres. El temor nos quita la libertad, el don más grande que nos ha dado Dios.

María, reconociéndose sierva de Dios, se mostró libre frente a los convencionalismos humanos. Su acto de aceptación fue un gesto profundamente arriesgado, profundamente arriesgador. Era su honor lo que quedaba en entredicho con aquel embarazo inexplicable. Era la consideración de su prometido, hombre justo y bueno. Era su buen nombre como mujer de vida honesta. Era la vida misma, ya que a una adúltera había que matarla a pedradas. No era tan sencillo aquel «sí» dado a Dios por la joven doncella de Nazaret. En aquel acto, María se lo jugaba todo. Pero dijo el sí que hizo posible la salvación para los hombres, arrojando todos los riesgos. Porque cuando Dios nos pide algo hay que decirle «sí», desterrando todo temor y venciendo todos los miedos.

Cuando uno mira una escena como esta que nos cuenta el Evangelio: Dios, que respeta siempre la libertad del hombre. El hombre, que tiene que arriesgarlo todo para ser fiel a Dios y debe poner su confianza en el Señor hasta llegar al riesgo total. Cuando vemos que el acontecimiento más grande de la historia humana no es cosa de los grandes de este mundo: de los reyes de este mundo, de los sabios de este mundo, de los generales y sus ejércitos, de los sumos sacerdotes y sus grandiosos templos... sino de esta humilde jovencita que se autodenomina a sí misma «la sierva del Señor», uno descubre que: «*los caminos de Dios no son nuestros caminos, sus sendas no son nuestras sendas*». ¡Cuán cierto es que para Dios nada hay imposible!

Mis queridos hermanos, no puede uno leer este evangelio en Tampa sin evocar la historia de Cuba y mirar esa historia a la luz de este evangelio. ¡Cómo olvidar que en esta ciudad comenzó la etapa final y definitiva de la lucha por nuestra independencia! Un siglo después, desgraciadamente, siguen siendo ciertas las palabras con que Martí comenzó su más famoso discurso, dirigido a los pobres de la tierra, a los tabacaleros de Tampa: «*Para Cuba que sufre la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella*». Para Cuba que sufre en la agonía de esta larga lucha por encontrar el camino del bien y la verdad, en la isla y en el exilio. Para Cuba que agoniza por la separación de las familias. Para Cuba que sufre en los pobres, los más sacrificados por la actual situación. Para Cuba deseosa de paz y de pan, de libertad y de justicia: pero sobre todo de Amor. No hablo para el cenáculo de los intelectuales, por más que necesitamos pensar y repensar nuestro pasado y nuestro presente, por más que creo en el papel de los intelectuales cuando no se sirven a sí mismos, sino a la patria humilde. Ni para los poderosos hablo, los que tienen las riquezas de este mundo y las influencias de este mundo; por más que pienso que ellos como los Aguileras y los Céspedes han de poner en el pro común lo que para todos será bien y salvación. Ni para los que hegemonizan el poder, sin darse cuenta que el poder vale cuando sirve y cuando no, es peor que el cieno, porque destruye en vez de construir. Hablo para el pueblo, que los incluye a todos porque, mis queridos amigos, quiero dejarlo claro: llevo en mi corazón a todos los cubanos, a los pobres y a los ricos, a los grandes y a los pequeños, a los negros, a los blancos. A los de acá y a los de allá, y a los de acullá. Si no quisiera a algún cubano, aun los que han errado el camino, a los que como presos comunes incluso purgan los daños que le han inflingido a los demás, sentiría que no le amo los hijos a la Madre común, a la Virgencita mulata que ha puesto su casa en medio de las montañas, en mi Oriente natal. Y a ese Dios Padre de todos que hace salir su sol sobre buenos y malos cada día y hace llover sobre las tierras de los justos y de los pecadores.

Amigos míos, no miremos más al pasado. No sigamos encerrados en el sufrimiento (que, por otra parte, jamás olvidaremos, ni debemos olvidar), no permitamos que el resentimiento dicte nuestros actos. No dejemos que el odio domine nuestro corazón. Levantemos nuestras cabezas, porque se acerca nuestra salvación. Cristo viene bajo la forma de un niño, con la pobreza de un niño, en la debilidad de la criatura recién nacida. Es la respuesta de Dios a nuestros sufrimientos, a esta historia triste que hemos hecho cuando no hemos sido capaces de luchar por la verdad y la justicia, cuando nos hemos cruzado de brazos frente a la opresión y al dolor. Todo puede cambiar porque Él viene, *«porque su paz lo precede y su recompensa lo acompaña»*. No confiemos en los poderes de este mundo: en los ejércitos y en las armas, en las riquezas y en los cetros, en la astucia de los sabios según este mundo: confiemos, sí, en la fuerza del amor.

Cristo ha venido hace 20 siglos. Cristo viene cada vez que los hombres y los pueblos le abrimos el corazón y le dejamos hacer. Para los pueblos y los hombres existen esos momentos especiales, que son como el paso misterioso de Dios. Yo presiento que para nosotros los cubanos ese momento se acerca. Dios tiene sus horas, cuando visita a su pueblo, cuando anuncia a los lejanos y a los cercanos la anhelada paz. Y Dios habla a través de personas de carne y hueso, a través de su misteriosa presencia, cuando, si uno abre las puertas del corazón, aun en medio de la más terrible noche, descubre una luz más brillante que la luz del sol. Y es a veces la humilde luz de una estrella que camina en la noche. Y es a veces la suave brisa de la que nos habla el relato del encuentro del profeta Elías con Dios. No estaba Dios en el terremoto, no estaba en la tempestad, sino en la brisa suave, en aquella que no somos capaces de sentir sino cuando el calor nos ha agobiado largamente.

Un hombre anciano, cuyo nombre es Juan, el nombre de los precursores, un hombre que lleva también el nombre del Apóstol incansable, de Pablo, el formidable testigo, que antes fue perseguidor (porque para Dios nada hay imposible), vendrá a nosotros. Aquí, en la cercana lejanía, o en la Patria, ese hombre va a traernos la paz: Paz a los de cerca, paz a los de lejos. Ese hombre anciano y enfermo, quizá a las puertas de la muerte, cumplirá un deseo largamente acariciado por él y por nosotros, visitar a la Cuba que sufre. En él, Dios mismo nos visita. No es más que un humilde siervo, el siervo de los siervos de Dios: servidor de servidores, como lo quiere su Maestro, como él mismo se autodenomina, porque eso quiere Jesús que sean los pastores de su Iglesia, servidores del pueblo, servidores de los hermanos.

Amigos y hermanos míos: temo que encerrados en nosotros mismos, que imbuidos de nuestras querellas, dejemos pasar el ángel del Señor, el enviado que nos trae el anuncio de la paz. Una paz que no podremos construir con las armas ni con los ejércitos, con las muchas riquezas ni las influencias de este mundo. Una paz que el odio no puede construir. Una Paz que solo nace cuando estamos dispuestos a perdonar al enemigo, sin por eso dejar de luchar por la justicia. Cuando estamos dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva, porque no nos hemos convertido en estatuas de sal que miran al pasado sino en hombres y mujeres de fe que luchan por el futuro.

El papa no vendrá a Cuba con una varita de hadas para resolver todos nuestros problemas *«como por arte de magia»*. Pero su presencia nos puede llenar de valor para decidimos a transformar nuestras propias vidas. Si la visita del Papa fuera simplemente un espectáculo brillante, si solo se convirtiera en uno de esos carnavales que tanto nos gustan a los cubanos... Pero no, no será así. Fiesta será, pero del Espíritu que empapa la tierra con la suavidad de la llovizna. Examen de conciencia será, que nos ayude a descubrir cuánto nos hemos alejado de Dios y *«qué cerca está el Señor de los que lo*

invocan de corazón». Para que nos demos cuenta que, cuando un corazón está lleno de fe y de amor, es capaz de vencer todas las dificultades.

Yo sueño con ese día en que nosotros los cubanos, cada uno de nosotros, los de aquí y los de allá, los poderosos y los humildes, los ricos y los pobres, los blancos y los negros, dejando atrás la incomprensión y toda actitud de violencia, nos dispongamos a conversar como hermanos, sin hegemonías de poder, sin ambiciones ni orgullos vanos. Para esto hemos de rescatar la tradición martiana: Martí estaba siempre exaltando las virtudes de los cubanos. Él nos enseñó a enorgullecernos de la bondad, del sacrificio, del amor desinteresado que es capaz de entregarse por los demás. Cuando nos gloriamos de lo que tenemos o podemos tener (riqueza, poder, prestigio, influencias, conocimientos...) entonces somos tontos o, lo que es peor, nos convertimos en malvados. Pero las virtudes, amigos míos, edifican a los pueblos, son la garantía de la convivencia cordial y franca, y son el cimiento de ese decoro, de esa dignidad que nos hace hombres cabales, personas de bien.

«En Cuba son más los montes que los abismos: más los que aman que los que odian; más los de campo claro que los de encrucijada; más la grandeza que la ralea. Lo que odia es ralea. La ralea de un pueblo es la gente incapaz de amar. La soberbia: esa es la canalla. Vamos ensanchando: vamos componiendo: vamos fundando: vamos amando... Amemos la herida que nos viene de los nuestros. Y fundemos, sin la ira del sectario, ni la vanidad del ambicioso».

Estas palabras del Apóstol no han perdido nada de su vigencia. Es la hora de fundar sobre los cimientos que nos legaron los mayores, juntando las piedras que las incomprensiones han podido separar. Es la hora de recoger el legado de los mayores: La fe de Varela, que nos dijo aquellas sabias palabras, especialmente dirigidas a los jóvenes: *«diles que ellos son la dulce esperanza de la Patria y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad».* O de Don Pepe de la Luz y Caballero, la devoción por la justicia, *«ese sol del mundo moral».* Y de Martí, su irreprimible amor a la libertad que él mismo definió como *«el derecho que tiene todo hombre a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía».*

Termino con las palabras del Apóstol en aquel discurso que debiéramos llevar sobre el corazón todos los cubanos, el discurso que pronunció hace 100 años en este mismo lugar: *«¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo... Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: "Con todos y para el bien de todos"».* Gracias.